

Álvaro Félix Bolaños

*Hispanismo, literatura colonial latinoamericana
y la tarea de los críticos¹*

*No porque sean dos; pues sola una
Máquina se rodea de elementos,
Un solo sol, y una sola luna,
Unos mismos etéreos movimientos,
Sin tener más o menos cosa alguna
Sus cursos naturales o violentos,
Una fábrica es, y un mundo solo
Cuanto ciñen el uno y otro polo.*

Juan de CASTELLANOS,
Elegías de varones ilustres de Indias, 18

1 Resulta pertinente e incluso necesario hacer la siguiente aclaración: las reflexiones contenidas en este artículo sobre lo que han hecho y lo que deberían hacer los intelectuales que hablan de la literatura —bien sea colonial o no— en Latinoamérica y, en particular, en Colombia, parecen tener poco sentido si se considera la oposición de dos contextos: el de su producción (la comodidad y la seguridad de mi largo exilio voluntario en Estados Unidos) y el de su recepción intencionada (la del público lector en la Colombia de hoy, inmerso en la inseguridad de la guerra, consciente de que muchos intelectuales son silenciados por las balas, el exilio apresurado o bien la forzada autocensura). Mi reflexión no pasa por alto tal situación colombiana ni se atreve a explicarla. Intenta simplemente reconocer su ineludible presencia en cualquier discusión sobre la cultura en Colombia hoy.

La colonia continuó viviendo en la república; y Nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen— por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia.

José MARTÍ, *Nuestra América*, 14

I



n Latinoamérica, tanto la literatura como los escritores de éxito han tendido a ser reverenciados como fuerzas edificantes que ayudan a unificar territorios geoculturales o nacionales. Con frecuencia son fuentes de orgullo, gloria y poder, y el espacio social en que se mueven ha estado por lo general vinculado por el poder político². La pluma y el cetro han ido de la mano en los casos de Domingo Faustino Sarmiento, José Manuel Marroquín y Rómulo Gallegos, quienes alcanzaron la presidencia en sus países, o de Gustavo Álvarez Gardeazábal, como gobernador del Valle del Cauca. También han estado cerca del poder Mario Vargas Llosa y Pablo Neruda, candidatos a la presidencia, y se han convertido en símbolos nacionales José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña, Arturo Uslar Pietri, Ángel Rama, Octavio Paz y Gabriel García Márquez, entre otros. ¿Acaso es responsable el intelectual que habla de literatura latinoamericana —y disfruta de un creciente y devoto auditorio— por la selección y los criterios de selección de textos y problemas para considerar? ¿Qué clase de responsabilidad tiene él con la recomendación de textos y la interpretación de ellos? Las respuestas a estas preguntas pueden ser tantas como el número de críticos que decidamos examinar, pero un asunto sobresale siempre que se aborda el tema de la responsabilidad del escritor y de los críticos: la política y sus implicaciones en el ámbito de la intelectualidad³.

2 La posición privilegiada del intelectual es herencia del período colonial, según ha precisado Rama. En esa época ellos estaban encargados de asegurar que la colonización de la Corona española se desarrollara sin obstáculos. Entre las exigencias de la administración colonial y las de la evangelización de los nativos se formó un inmenso número de funcionarios letrados (religiosos y seculares) concentrados en las ciudades y a lo cual Rama le llamó “la ciudad letrada”.

3 Sommer ha explicado la gran influencia del intelectual —ante todo el novelista— sobre el destino de sus respectivas zonas geopolíticas en el siglo XIX: “If nations were to survive and to prosper, they had

Entre los muchos comentaristas que han reflexionado sobre el significado y la importancia de la literatura latinoamericana hay un silencioso grupo que siempre logra un inmenso auditorio, en especial de profesores, estudiantes y aficionados de la literatura: son los autores de historias de la literatura o de panoramas críticos, los editores de antologías⁴ y los reseñadores de libros. Tales comentaristas emiten sus juicios con una intención central: popularizar y evaluar la producción literaria de cierto período en una región geopolítica y geocultural dada. Estas evaluaciones (más la selección de textos pertinente) equivalen con frecuencia a una definición de las capacidades culturales de la población respectiva. Debido a que usualmente esos exámenes tienen la intención de celebrar habilidades intelectuales (dificilmente se realizan para denigrar la literatura de una región), afectan también el juicio sobre la estructura de la sociedad que las produjo. La celebración de una literatura y de sus condiciones de producción supone, por lo general, un juicio acerca del *status quo* social y político de la sociedad respectiva, que el crítico considera aceptable o, tal vez, admirable. Las evaluaciones de la literatura en tantas antologías, historias o estudios de literatura latinoamericana difícilmente resultan ajenas a la política.

Algunos críticos presentan explícitamente panoramas de producción textual en Latinoamérica como procesos cuya realización está unida a un intento de transformación de un tipo de sociedad indeseable en otra deseable. Pero este tipo de intelectual, digamos, “de avanzada”, no conforma la mayoría de los comentaristas que siempre se dirigen al auditorio, amplio, creciente y devoto, mencionado antes. Esa mayoría la integra, más bien, el tipo de crítico que está relativamente satisfecho o, al menos, no inquieto por un *status quo* cuyos cimientos fueron establecidos en el período colonial. Las explicaciones que en su mayor parte se dan sobre lo que se ha escrito, lo que se quiso decir con ello y lo que significa para nosotros hoy en la producción literaria latinoamericana (preguntas que las historias de la literatura intentan responder) se han lanzado desde el espacio social del *letrado*, como se lo llamaba en el período colonial, o del intelectual, como se lo denomina hoy. Se trata de un espacio privilegiado en el

to mitigate racial and regional antagonisms and to coordinate the most diverse national sectors through the hegemony of an enlightened elite; that is through mutual consent rather than coercion” (123). Esta mitigación y esta coordinación fueron eficientemente coadyuvadas por narraciones acerca de la unidad racial y cultural en un sistema social que privilegiaba al poderoso sector de los criollos.

4 Sobre la producción de historias y antologías de la literatura hispanoamericana, véase el ensayo de Roberto González Echevarría, “Álbumes, ramilletes, parnasos, liras y guirnaldas”.

cual se mezclan el discurso y el poder y desde el cual la suerte de las comunidades latinoamericanas a menudo ha sido —y todavía lo es— diseñada, rediseñada u obliterada. La voz del intelectual, sobre todo del que ha tenido éxito editorial, se muestra así dotada de una gran autoridad que posibilita ese gran auditorio del que siempre disfruta. Por esta misma razón es muy importante examinar lo que esos intelectuales le dicen a ese creciente auditorio. El espacio desde el que se expresa el “maestro” (o la “voz del maestro”, según González Echevarría, 1985) es no sólo —y con frecuencia— un lugar plácido y confortable, sino también una plataforma desde la que se asegura la reproducción de esos mismos lugares en el futuro. Y tales lugares se asocian de modo habitual con una actividad sublime y esencial, es decir, la escritura y la lectura de trabajos literariamente valiosos para la edificación y la diversión, principalmente, de aquellos sujetos que tienen fácil acceso a ellos.

Dado que el enfoque central de este trabajo es el de los intelectuales dedicados a comentar textos del período colonial latinoamericano, quiero destacar en lo sucesivo una operación muy común en la escritura y la lectura sobre las realidades de las llamadas *Indias Occidentales*. Se trata de lo que denominaré “limpieza textual”, la cual se realiza, por lo menos, en dos momentos históricos distintos aunque en contacto: primero, en el período colonial, durante el proceso de producción textual del autor; segundo, en nuestra época, por medio de la lectura y la explicación de aquellos mismos textos coloniales, reproduciendo el mismo efecto de limpieza. Es ésta una deliberada operación de embellecimiento de *loci* americanos que se ha venido haciendo sobre el territorio latinoamericano desde el momento en que los españoles invadieron y se establecieron en América hasta hoy.

Un ejemplo temprano —entre muchos— es el de Bernardo de Balbuena y su exaltación de México después de la conquista:

*Oh tú heroica beldad, saber profundo,
que por milagro puesta a los mortales
en todo fuiste la última del mundo;
criada en los desiertos arenales,
sobre que el mar del Sur resaca y quiebra
nácar lustroso y perlas orientales [5].*

Este poema convierte un espacio de invasión, rapiña, masacres y violentas transferencias de autoridad, en un pulcro y engalanado escenario, que activamente ignora la

realidad de las conflictivas relaciones entre nativos y europeos desde 1519 (cuando los españoles llegaron a México) hasta 1602 y 1603 (cuando se compuso el poema). Este mismo tipo de limpieza textual se encuentra con mucha frecuencia a partir de la época republicana, durante el proceso de creación de cánones literarios para territorios y épocas identificadas con espacios nacionales.

La aspiración central de esta operación es presentar muestras de una capacidad esencial, eterna y abarcadora de individuos especiales para la producción de trabajos literarios excelsos que deben ser sometidos a una contemplación edificante en ratos de ocio. El énfasis puesto en la belleza y la virtuosidad de esa actividad edificadora como justificación para ese tipo de actividad lúdica permite una escisión entre los conceptos de escritura (como una actividad cuasi-etérea y espléndida) y las crudas realidades de la vida cotidiana. La satisfacción del humano apetito de perfección formal y belleza se convierte, entonces, en una tarea natural y necesaria que reafirma en las almas contemplativas su conexión con una condición humana quintaesencial. La capacidad para producir y disfrutar de las sutilezas de la buena literatura equivale, por consiguiente, a una prueba de ser verdadera y propiamente un sujeto puro e identificable con un ser humano o, en palabras más precisas, un varón europeo o europeizado muy bien educado, un pudiente caballero ciudadano, un letrado o un intelectual asociado con una entidad más grande conocida con el nombre de “literatura latinoamericana”.

Ese mismo individuo es identificable con el criollo. El término *criollo*, en el período colonial, designaba a los descendientes de los recién llegados españoles o africanos (Arrom, 12, 14). Como bien lo precisa Pratt, correspondía a aquellas personas nacidas en América que se identificaban con ancestros blancos europeos (*Imperial Eyes*, 113). Hacia el siglo XVIII, según Pratt, los criollos se habían establecido sólidamente como terratenientes, comerciantes y mineros, en una élite burocrática que controlaba recursos enormes —entre ellos, la tierra arable con el trabajo forzado de miles de indígenas y africanos— y tenía incluso el poder de cobrar impuestos a todos aquellos individuos en una posición inferior a la de ellos en la jerarquía social (113). En función de mi planteamiento, entiendo aquí al *criollo* como un tipo de individuo identificado culturalmente con cierto segmento de la población (tanto ayer, en las *Indias Occidentales*, como hoy, en Latinoamérica) que ha preservado y reproducido un legado cultural occidental, un tipo de organización social y un sistema de distribución de riquezas y poder político que provenía de la península ibérica y que lo ha favorecido desde los días de la colonia (en vez de beneficiar a los nativos americanos, a los africanos, a los mestizos o a los blancos pobres). La herencia cultural y política colonial que arrastra

el intelectual latinoamericano (y que ya ha sido bien definida por Ángel Rama) hace parte, en mi opinión, de la herencia colonial del criollo⁵.

Considerando que Colombia atraviesa hoy día por un pavoroso conflicto político-militar cuyas raíces se encuentran en el problema social del campo (sistemáticamente ignorado o atendido sólo con la fuerza bruta), problema que existe desde la colonia y que se originó en la mala distribución de la tierra, del poder, de los privilegios y de la participación política, es pertinente ilustrar un caso de limpieza textual típica del intelectual ciudadano –valga la redundancia–, más afecto a la violenta homogeneización cultural occidentalizante de las ciudades que a la conflictiva variedad étnica, cultural y política de las áreas rurales⁶. En esas condiciones de continuidad del conflicto social desde el período colonial, los casos de limpieza textual sobre el Nuevo Reino de Granada resultan, a mi modo de ver, de urgente consideración.

Germán Arciniegas (cuya reciente muerte mucho lamento) fue quizás el intelectual más reverenciado por la cultura hegemónica en Colombia en el siglo pasado. Sus opiniones sobre historia cultural se divulgaron ante un amplio auditorio (en numerosos libros y artículos de periódico) y algunos las consideraron como una suerte de guía para la conciencia histórica de los colombianos⁷. En 1979, Arciniegas escribió con

5 La subjetividad del criollo no ha sido, por supuesto, una entidad monolítica y estable en su formación y su desarrollo desde el período colonial hasta ahora. Es, en cambio, un sujeto social en constante adaptación. En palabras de Higgins, referidas al criollo del siglo XVIII en Mesoamérica, se trata de un *subject-in-process* (6). Este criollo se muestra atento a la capitalización (para su propio beneficio) de discursos y poderes emanados tanto de los espacios de reproducción ideológica (colegios, universidades, etc.), como de la sociedad civil en general (véase Higgins). En tal capitalización hay espacio aún para la utilización de la “diversidad”, en la que cabe incluir tanto una economía cultural procolombina como una católica e imperial española. El criollo, en cuanto sujeto social que evoluciona atento a la reproducción de sus privilegios y de la cultura que los solidifica, se halla inmerso en contradicciones ideológicas y culturales, pero éstas son tales que no lesionan la reproducción de un *status quo* antiguo que preserva la riqueza y el poder más o menos en manos de ese mismo sector social.

6 Este conflicto entre la ciudad y el campo, en el cual la arrogancia de los poderes urbanos ha descartado y destruido con desdén, durante mucho tiempo, culturas orales, saberes locales y aspiraciones políticas rurales, es un ejemplo vívido de los conflictos sociales y políticos ilustrados por Ángel Rama con su paradigma de la “ciudad letrada”.

7 Cobo Borda atribuye a los trabajos de Arciniegas el poder de inspirar en sus compatriotas una “mayor agudeza” que les permite adquirir “libertad y autonomía cultural” (15). Otro admirador aún más entusiasta lo llama “Maestro” con mayúscula, “ser extraordinario” y “el más *grande* escritor colombiano del siglo” (Tamayo Fernández, 19). No todos los intelectuales en Colombia tienen esa reverencia con Arciniegas. El caso de Rafael Gutiérrez Girardot resulta un buen ejemplo. Sin embargo,

entusiasmo, en un periódico de Bogotá, acerca de una obra de ficción del período colonial, *Desierto prodigioso y prodigio del desierto* (1977), escrita por Pedro de Solís y Valenzuela en 1650, redescubierta apenas tres siglos después, en 1962, y recientemente publicada. La inaudita –y de cierta manera incómoda– hibridez del texto convertía su clasificación de acuerdo con los bien establecidos conceptos decimonónicos de los géneros literarios en un verdadero dolor de cabeza para cualquier crítico (reflexiones ascéticas, biografías y hasta cuentos se presentaban en formas líricas o dramáticas y en prosa). Esa extraña hibridez obligó a Arciniegas a enfrentar el texto a otras narrativas prominentes de los reinos españoles en América:

La novela del *Desierto* es como una tertulia de cartujos. Recuerdan ellos sus vidas, sus amores, sus aventuras, para parar en el convento, con la muerte siempre a la vista. Son tantos los poemas, que hay momentos en que todo se resuelve en competencias líricas. *Natural* en aquella Boyacá cerrada, donde Domínguez Camargo escribió en versos gongorinos un poema de miles de versos dedicados a san Ignacio, o don Juan de Castellanos, en las estrofas que sabemos, la historia de la conquista. Si el fondo de lo mexicano lo daban las guerras que conducía Cortés desde Tenochtitlán a Honduras, y el fondo del Perú los cuchillos y pólvora de los Pizarros y Almagros, *por los lados de Tunja todo eran místicas reflexiones en la muerte, vidas de San Bruno, charlas de cartujos, historias en verso, gongorismos desbordados...* [“El Tiempo”, Bogotá, 11 de mayo de 1979, énfasis agregado]⁸.

la gran visibilidad vigente de las opiniones de Arciniegas valida mi preocupación por ellas, como lo expondré en lo sucesivo.

8 ¿Por qué hago tanto énfasis en las opiniones de Arciniegas expresadas en un humilde artículo de un periódico local y no en sus numerosos libros sobre la historia del contacto entre América y Europa, desde, por ejemplo, *América tierra firme* (1937), hasta *América en Europa* (1975)? Porque, como se trata de un artículo periodístico de amplia difusión popular en Colombia, el texto tiene virtudes importantes: la espontaneidad y el entusiasmo de su escritura de ocasión junto con el esfuerzo de síntesis inherente al constreñimiento de espacio. Esta combinación fuerza al crítico a plantear lo esencial de su concepción de la historia cultural, con sus juicios o sus prejuicios, y a precisar una tendencia deseable de los gustos estéticos para la “nación”. La gran amplitud del público lector no especializado, expuesto a este liderazgo interpretativo de textos del pasado, hace que tales juicios, valoraciones e implícitas recomendaciones de textos y actitudes de lectura tengan grandes implicaciones en el intento de construcción de una herencia cultural postindependentista y moderna. El colombiano medio lee con más frecuencia las secciones literarias y culturales de *El Tiempo*, *El Espectador*, *El País* y *El Colombiano*, por ejemplo, que libros especializados como los del mismo Arciniegas.

La comparación con los casos peruano y mexicano se debía no sólo a la urgencia de Arciniegas de ponderar el excéntrico texto colombiano en la tradición de prestigiosas narrativas canónicas coloniales, como las de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León, el Inca Garcilaso de la Vega y otras de igual índole, sino asimismo a su reconocimiento del contenido histórico y fundacional de *Desierto prodigioso*. En su gran esfuerzo por demostrar que en Colombia sí había escritores y textos tan venerables como los de México y Perú, Arciniegas unificaba tres procesos de producción textual, estableciendo similitudes y diferencias entre ellos. Los textos mencionados, si bien resultaban equiparables en calidad “literaria” y precisión histórica, no lo eran en cuanto a la realidad social que cada uno dejaba ver en sus regiones.

Según lo sugiere Arciniegas, escribir sobre México y Perú demandaba hacer referencia a las cruentas guerras emprendidas con la exploración y la colonización de esas tierras, pero no sucedía lo mismo a la hora de escribir sobre la región central del Nuevo Reino de Granada. Para hablar de éste no era preciso mencionar los conflictos de los conquistadores con los —cultural y racialmente distintos— nativos americanos o esclavos africanos. Bastaba con aludir a las sofisticadas empresas intelectuales de la población que allí podía leer, escribir y comprar libros ya en el siglo XVII. Dicho de otra forma, no hubo guerras a lo largo y ancho del Nuevo Reino de Granada que valiera la pena tratar en ese artículo de divulgación masiva —para Arciniegas, quizás no las hubo en absoluto—. Tampoco se presentaron, entre los españoles, las violentas confrontaciones que sí surgieron en el Perú tras ser aplastada la resistencia indígena. Por ende, Tunja —en la cual el *Desierto prodigioso* fue concebido y escrito— era descrita como un lugar sin contacto con la violencia de la conquista o, mejor aún, como una tierra bendecida por la espiritualidad y la bondad de un privilegiado grupo de varones que producían trabajos literarios.

Arciniegas, por supuesto, clarificó que el *Desierto prodigioso* es una narración en poesía y en prosa ocupada de las sutilidades de la labor intelectual y literaria, lo cual habla bien de la refinada educación humanista de una minoría en la región de Tunja y muestra “cómo lo mejor de la poesía española se conocía aquí al dedillo y se sabía de memoria entre un minúsculo grupo de neogranadinos congregados a la sombra del convento de los agustinos, en el Desierto de la Candelaria”. Sin embargo, existe un problema con este argumento de Arciniegas y no reside en su celebración del propósito y del tema centrales del texto colonial, sino en las implicaciones de parangonarlo con otros textos acerca de los conflictos con las culturas nativas o ya entre los mismos europeos (en México y Perú). Cuando compara esos textos de diversas zonas geográ-

ficas y culturales, Arciniegas califica la región central del Nuevo Reino de Granada, en el siglo XVII, como un lugar sin la mácula de la violencia y la injusticia. Ésa no era, por supuesto, la condición de tales tierras, incluidas las comarcas de Tunja y Santafé de Bogotá, desde la llegada de los españoles (en 1536) hasta la fecha de la narración literaria de que se ocupa (1650). El área caracterizada por Arciniegas como enclave de “místicas reflexiones en la muerte”, “charlas de cartujos”, “historias en verso” con “gongorismos desbordados”, fue un sitio, en realidad, de tensiones militares y civiles muy similares a las presentadas en México y Perú.

En una perspectiva militar, la exploración y la invasión de la tierra de los muiscas supuso las usuales aniquilaciones de la resistencia indígena, la brutalidad del despojo, la destrucción de jerarquías nativas y la expropiación de las tierras y los recursos de los nativos. Con respecto a la resistencia en Sogamoso, fray Pedro Simón declaraba que los conquistadores

[...] envistieron hacia donde parecía la gente más valiente, atropellaban a unos y otros los caballos con tanta furia, derribando a unos sobre otros con todos sus penachos y plumerías [*Noticias historiales...*, volumen 3, “Segunda noticia historial”, capítulo XXVI, p. 260].

Juan de Castellanos ilustra la ardorosa rapiña en el templo de Sogamoso:

*Y para ver lo que se contenía
dentro del edificio suntuoso,
rompiéronle las puertas, y con lumbre
de pajas que llevaban encendidas
entraron dentro del, a donde vieron
donde llenar las manos a su gusto
y en una barbacoa bien compuesta
hombres difuntos secos, adornados
de telas ricas y de joyas de oro*
[Cuarto parte, canto sexto, 1202].

Igualmente ilustra la transferencia de las tierras expropiadas por soldados convertidos después en encomenderos, transferencia de naturaleza violenta (social y económicamente) contra las comunidades indígenas:

*Caminaron [los españoles] a prisa tras la guía,
y fueron en un día hasta Paipa
(suerte que es hoy de Gómez de Cifuentes,
heredero del otro de su nombre)
[Cuarta parte, canto sexto 1201]⁹.*

La conquista de los muzos (quienes habitaban territorios aledaños a la ciudad de Tunja) resultó más difícil y sangrienta. El historiador Rodríguez Baquero afirma que “todos los intentos que durante cerca de veinte años hicieron los españoles para sojuzgar a los muzos fracasaron uno tras otro” (39) y presenta el ejemplo de la última expedición del capitán Lancharo, con cerca de ciento seis soldados españoles, la mayoría de los cuales perdió la vida antes de la fundación de la villa Trinidad de los Muzos. En 1582, el gobernador Juan Suárez de Cepeda se quejaba porque, de los hombres que participaron en la conquista de la región y la fundación del pueblo, “no hay vivos veinte [...], los más han muerto en la guerra de estos naturales, por haberse rebelado muchas veces, y aún el día de hoy se tiene sospecha que lo han de hacer cuando les pareciere” (Rodríguez Baquero, 44).

En cuanto al aspecto civil de la región central, Juan Rodríguez Freile, el autor de *El carnero* —la más apreciada y ampliamente leída narración histórica de la época—, nos revela los constantes problemas de ese enclave español en las *Indias Occidentales*, inmerso en hondas rencillas civiles. Según Freile, el Nuevo Reino de Granada había perdido la oportunidad de convertirse en la gran república de españoles y de criollos debido tanto a la codicia y la deshonestidad con que los primeros conquistadores organizaron su gobierno como a las repetidas transgresiones civiles, morales y sexuales de la población española y criolla subsecuente. Acerca del gobernador Alonso Luis de Lugo, dice este autor:

[Y] así intentó remover la confirmación de las encomiendas que don Jerónimo Lebrón había confirmado; de lo cual se sintieron los conquistadores por agraviados y enviaron a España por remedio, informando a su Majestad el Emperador lo que pasaba [198].

⁹ A propósito de lo que supone la escritura de la historia del Nuevo Reino de Granada por parte de Juan de Castellanos, véase el reciente libro de Luis Fernando Restrepo.

Por lo general, los acontecimientos en las ciudades de Santafé y Tunja eran objeto de los airados ataques moralistas de Rodríguez Freile. En Tunja, por ejemplo, se presentaron los casos de Jorge Voto e Inés de Hinojosa (véase el capítulo 10). Y en Bogotá hubo un suceso posterior que movió a Freile a denunciar la peligrosa mezcla de poder político, privilegios eclesiásticos y sexo:

Este enojo de los oidores y el capitán Olalla, nacía de la amistad que dicho capitán tenía con un fraile grave, no digo de qué orden, a quien los oidores desterraron de esta ciudad. Y el caso fue que el fraile y uno de sus oidores, que ambos eran mozos, se encontraron en casa de una mujer que era hermosa, que hacía rostro a entrambos, donde tuvieron su enfado [202].

Tales circunstancias civiles y militares del Nuevo Reino de Granada difícilmente reflejan esa suerte de *locus beneficus* que Arciniegas presenta como fondo histórico y cultural del *Desierto prodigioso*. ¿A qué se deben estas omisiones cuando pretende esbozar un panorama sociocultural de la Colombia colonial en un periódico de amplia circulación como *El Tiempo*? ¿Qué clase de juicio intelectual permite entrever? ¿Qué tipo de situación social pasa por alto? En mi opinión, aquí la actitud de Arciniegas es política, ya que la política corresponde no sólo al ejercicio del poder en los diseños de pautas económicas, culturales y sociales para una región o una nación, sino asimismo al intento de validación ideológica de tales pautas (en especial cuando muchas de ellas aún tienen vigencia hoy). La decisión de Arciniegas de omitir, minimizar o descartar un conflictivo *status quo* en lo social y lo militar, mientras evalúa el significado cultural de una composición literaria como *Desierto prodigioso*, responde por ende a su activa y deliberada posición política. Éste es el caso de un intelectual que cree en la validez de la sociedad erigida sobre la jerarquización sociocultural euroamericana durante la Colonia y la República. Ese tipo de intelectual no está interesado en señalar el carácter elitista y minoritario de los poetas coloniales que destaca pues en el área respectiva (la región central del Nuevo Reino de Granada ayer, Tunja y la Sabana de Bogotá hoy) existe y ha existido siempre una mayoría mestiza y de origen muisca desposeída, marginada y despreciada por los presupuestos culturales que se celebran.

El poder para explicar ante un amplio y atento auditorio (estudiantes, profesores, intelectuales, profesionales, políticos y el público en general que suele leer los comentarios de Arciniegas) la naturaleza y las calidades de un texto con más de trescientos años (que, según él mismo aclara, tiene la capacidad de ilustrar el *status quo* en el que

se produjo) entraña una gran responsabilidad con la objetividad, la justeza y la pluralidad de las interpretaciones. El historiador o el crítico literario enfrentado al estudio de textos latinoamericanos del pasado tiene (consciente o inconscientemente) el gran poder de supervisar, seleccionar y dictar la calidad y la cantidad del contacto que su auditorio (en especial el no especializado) tenga con el ingente conjunto de discursos de determinado espacio geo-político y cultural. Arciniegas nos dice, entonces, que el legado cultural de la región de la Tunja colonial sólo estaba definido por altivos asuntos espirituales y no, también, por la crasa cotidianidad de individuos poco refinados del común. Pese a las preferencias de Arciniegas expuestas aquí, los individuos no caballerescos y rústicos, que no pasan sus amplios ratos de ocio componiendo versos en una lengua europea a la belleza de una tierra de cuya posesión (ya) no disfrutaban, también conforman un legado activo digno de consideración.

La Sabana de Bogotá y sus alrededores durante el período colonial estaban única y adecuadamente caracterizados, en el artículo de Arciniegas, como un lugar de caballeros ensimismados, ingeniosos y diligentes, que en un plácido paisaje, sólo interrumpido por monasterios, recreaban e imitaban las tradiciones literarias renacentistas de la Madre España. No había allí rastros de la violencia de la conquista ni de las cotidianas y a veces silenciosas colisiones entre grupos humanos separados por diferencias culturales, raciales, políticas o de género, los cuales se relacionaban de distinta manera con los privilegios sociales y económicos. No había señales de las rencillas o divisiones entre españoles y criollos, cuya identidad cultural —escogida por ellos en su época y por Arciniegas en el siglo XX— representaba el perfil cultural de la amplia región conocida con el nombre de Nuevo Reino de Granada.

Estas nociones expuestas por Arciniegas en su artículo, poco atento a las diferencias sociales y culturales, se hallan unidas a un recio eurocentrismo que permea otras reflexiones suyas sobre la historia cultural occidental y que mucho tiene en común con las perspectivas abiertamente colonialistas de varios autores españoles. Por ejemplo, cuando dedica al emperador Carlos V su *Historia general de las Indias*, Francisco López de Gómara dice que “la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así las llaman Nuevo Mundo” (7). Para Juan de Castellanos, por su parte (véase el epígrafe que encabeza este trabajo), América y Europa eran ambas “sola una máquina”, en un designio providencial que justificaba la presencia española en América. Casi quinientos años después, Arciniegas parafrasea esas nociones de Gómara y Castellanos en los siguientes términos:

Después del cristianismo, nada ha producido un cambio tan radical en el pensamiento europeo como la presencia de América. Hasta el día anterior a la revelación del nuevo continente, la tierra podía considerarse como obra de los dioses, pero era una obra manca, inconclusa; una máquina de maravilla [...] a la cual le faltaba una pieza esencial [*América en Europa*, 13].

Según Arciniegas, el “inconcluso” mundo americano fue “concluido”, esencial e inevitablemente, por la experiencia colonial, no importa cuán traumática o espantosa haya sido ésta para individuos distintos de los españoles y los criollos¹⁰.

Es posible que mi planteamiento parezca, a esta altura, prejuiciado contra el cultivo de la belleza por medio de artefactos verbales compuestos con propósitos estéticos. Pero mi disputa no está dirigida contra la busca de la belleza estética ni mucho menos contra la disponibilidad de ratos de ocio para este fin. Mi debate apunta a la noción, ampliamente compartida por muchos comentaristas contemporáneos, de que las construcciones verbales de una minoría privilegiada –con su particular visión del mundo– pueden ser ellas solas justamente consideradas como representativas de las habilidades estéticas de todos los diversos tipos de individuos en un espacio tan amplio como Latinoamérica. El delicado trazo de genealogías literarias europeas implícito en esa concepción se fundamenta, al fin y al cabo, en la discriminación de otras tradiciones no europeas de composición verbal. El ocio creador y sus prácticas estéticas, de otra

10 En otras ocasiones, ese eurocentrismo lleva a Arciniegas a lamentar el supuesto carácter anómalo e inadecuado del territorio y de la cultura anteriores a la llegada de los españoles y celebrar lo correcto y lo adecuado de la cultura y la naturaleza españolas: “Hay dos hechos contradictorios: el que la ciudad de España que se llama Granada, hicieron muy bien en bautizarla Granada sus fundadores; y el que don Gonzalo Jiménez de Quesada diera el nombre de Nuevo Reino de Granada a unos matorrales, que descubrió a dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, cerca de unos páramos en donde no se dan sino el esparto, el frailejón y las escarchas” (*América Tierra Firme*, 1966; ver Skirius, 240). Y más adelante agrega: “Nuestro reino no es de Granada sino de Granadilla. Reino oscuro, montañés, que todavía se enreda en la maleza de los Andes” (Skirius, 245). Esta exagerada admiración de lo español y el desprecio de lo local no hispano corresponden a la típica escisión conceptual entre espacios de civilización y espacios de barbarie que el intelectual europeo (o europeizado) realiza cuando considera universos culturales no europeos (africanos, asiáticos, americanos, etc.), desde hace siglos. El Nuevo Reino de Granada queda reducido, por consiguiente, a un espacio natural, salvaje, alejado de la normalidad y la civilización. El reino peninsular de Granada es, en contraste, un mundo donde residen la norma, el urbanismo y la civilización.

parte, deberían constituir un elemento fundamental para todas las clases sociales en cualquier conglomerado. Pero éste no es el caso aquí. Entonces, señalar como representativos de los sentimientos y de las perspectivas de todas las diversas gentes que comparten un territorio los exquisitos productos artísticos de apenas un segmento de la población (el que tiene acceso exclusivo a ese ocio) constituye un intento irresponsable o, en el mejor de los casos, una ingenua ilusión. Por supuesto, el caso de Arciniegas no es único, sino paradigmático¹¹.

II

Los estudios sobre la literatura latinoamericana colonial han tenido muy positivo desarrollo en las últimas décadas (tanto en los Estados Unidos como en Latinoamérica) en cuanto ofrecen alternativas a la perspectiva limitadora y violentamente homogeneizante del llamado "hispanismo". Como hemos visto, Ángel Rama dilucidó la naturaleza y la genealogía del espacio social de los intelectuales como agentes al servicio de la colonización española, primero, y de las élites criollas republicanas, luego, dejando en claro las conexiones entre el trabajo intelectual y los diversos intereses políticos.

Ello implica que nosotros, los intelectuales, somos herederos de una cultura hegemónica que desde la Colonia ha demolido culturas alternas, orales, rurales, y escribir la historia de esta destrucción ha sido labor de quienes han convertido esas culturas en descartables o folclorizados objetos apropiados por la palabra escrita en un alfabeto europeo¹². Rama también planteaba una distinción, poco usual en su momento, entre la producción textual de las grandes y complejas urbes modernas y la propia de las áreas rurales, más unidas a tradiciones culturales no europeas. Por su parte, Antonio Cornejo Polar subrayaba desde los años ochenta la imposibilidad de estudiar la literatura de los pueblos latinoamericanos mediante nociones homogeneizantes como "literatura en lengua castellana", "cultura iberoamericana", "literatura hispanoamericana", etc., y la necesidad de considerar la compleja y abrumadora heterogeneidad

11 Para el caso colombiano, este paradigma eurocentrista e hispanizante tiene una bien establecida tradición en la que es posible incluir tanto los aportes de José María Vergara y Vergara en el siglo XIX como los de Antonio Gómez Restrepo y Antonio Curcio Altamar en el siglo XX (ver la bibliografía), para nombrar sólo tres de los casos prominentes.

12 Sobre esa implicación de la tesis de Rama, véase Gustavo Verdesio, "Revisando un modelo".

social y cultural de los respectivos territorios a la hora de estudiar sus literaturas. Una aproximación similar, que incluye áreas culturales distintas de la andina, se encuentra en el libro de Martin Lienhard *La voz y su huella* (véase la bibliografía).

A principios de los años ochenta, sin embargo, y en un momento en que algunos estudios de la literatura latinoamericana se encontraron con el supuesto problema de la ausencia en el período colonial de trabajos compatibles con las grandes obras maestras del Renacimiento y del Siglo de Oro español, las escuelas filológicas de España y Estados Unidos se las arreglaron para descubrir en los abundantes escritos historiográficos en castellano y sobre la conquista y la exploración españolas una llamada “vocación literaria” que llenaba, a su manera, el supuesto vacío¹³. Para el año 1988, cuando Rolena Adorno formulaba las primeras reflexiones atinentes al estado y a la dirección de los estudios coloniales (estimuladas por el influjo de la teoría postcolonial escrita en inglés a propósito del colonialismo británico), la idea dominante entre muchos latinoamericanistas (tanto latinoamericanos como norteamericanos) que estudiaban críticamente el hispanismo era que la filología y la crítica esteticista resultaban inadecuadas para el estudio de textos coloniales. Esta incapacidad tenía que ver con el énfasis exclusivo que los estudios tradicionales de la literatura latinoamericana dan al desarrollo de las calidades estéticas del lenguaje castellano, lo cual lleva a concentrarse primordialmente en tres aspectos: primero, la persona del autor y la obra literaria como entidad pura (que esencializa las habilidades verbales de sujetos europeos o europeizados); segundo, las tipologías textuales que convertían los géneros literarios europeos en objetos preferidos de la atención crítica; tercero, la noción de las escuelas y los movimientos literarios que requería la creación y la afirmación de un canon literario y el rastreo de las llamadas “tradiciones literarias” en lenguas europeas.

Metodologías alternativas desarrolladas en los años ochenta y noventa sustituyen la noción de “literatura” (en cuanto práctica limitada a lo europeo y lo estético) por la de “discurso” (que incluye voces silenciadas), a la vez que atienden a la cuestión del “Otro” (como sujeto multilingüe y pluricultural) y a la contribución de diversas disciplinas, entre ellas la historia o la antropología, y de aproximaciones críticas como las teorías cultural y feminista (Rolena Adorno en “Nuevas perspectivas...”). Se incluye también el problema de la posición social, cultural, económica y política desde la cual

13 Esto equivale al ejercicio de una violencia clasificadora que “literaturiza” textos historiográficos. El trabajo que más ha popularizado esta noción en España y Estados Unidos es el de Pupo-Walker.

hablan los autores (aspecto desarrollado más ampliamente por Mignolo en *The Darker Side of the Renaissance*) y, asimismo, los factores de la colonización como elementos sociales y culturales de gran influencia en la producción y la recepción de los textos o los discursos estudiados¹⁴. Un segundo momento de reflexión acerca de los estudios coloniales latinoamericanos lo propició en 1991 el artículo-reseña de Patricia Seed a propósito de cinco estudios interdisciplinarios de textos históricos y literarios relativos a la experiencia colonialista española. Seed planteaba allí una suerte de institucionalización de la nueva metodología de estudios coloniales, la misma que Adorno había intentado sistematizar tres años antes. “Discurso colonial y postcolonial” fue el término con que Seed bautizó esa metodología y la rigidez de su definición desató un saludable debate con Walter Mignolo, Hernán Vidal y la misma Adorno en 1993.

Al mismo tiempo que llamaba la atención con respecto a los peligros de la colonización académica implícitos en las definiciones de Seed, Mignolo aclaró que el llamado “discurso colonial” no era un fenómeno exclusivo de los años ochenta o noventa ni de los países desarrollados, ya que Latinoamérica había ofrecido mucho antes contribuciones críticas como las de Edmundo O’Gorman y Ángel Rama. También cuestionó el concepto de “discurso colonial” (debido a que excluye textos que no se transmiten por medio del alfabeto europeo) y propuso el concepto alternativo de “semiosis colonial”¹⁵. Frente a ese pronunciamiento de Seed, Adorno se vio forzada a precisar su posición de 1988 sobre las metodologías alternativas y cuestionar la aplicabilidad de la noción de “discurso colonial” de Seed a los textos latinoamericanos de los siglos XVI y XVII, porque ese concepto corresponde a un paradigma intelectual más adecuado a la experiencia colonial y postcolonial británica que a los valores cortesanos, católicos y caballerescos de escritores coloniales como sor Juana Inés de la Cruz (Rolena Adorno en “Reconsidering colonial Discourse...”). Por su parte, Vidal mide los peligros de la institucionalización académica en razón de la indiferencia de los estudios coloniales latinoamericanos ante la violencia económica y política del neoliberalismo desatada en Estados Unidos y Latinoamérica, al tiempo que nos recuerda el carácter

14 El énfasis en el poder político de la colonización responde en gran parte a un diálogo con los exponentes de la crítica postcolonial escrita en inglés. Como ejemplos, además de los trabajos de Adorno y Mignolo, véanse los estudios de Hulme, Rabasa, Verdesio (*La invención del Uruguay*), Vidal, Cesareo, Meléndez, Moraña, Mazzotti, Restrepo, Bolaños y Spitta, entre otros.

15 Véase el artículo de Mignolo, “Colonial and Postcolonial Discourse...”. Este autor había planteado su concepto alternativo de “colonial semiosis” en 1989. Véase “Colonial Situations...”.

institucional que tienen la profesión de la literatura y la crítica literaria tanto allá como aquí. Este debate, por medio del cuestionamiento de la posición desde la cual el intelectual se expresa, permitió una útil reflexión sobre las relaciones entre la producción cultural y el poder social y económico; en otras palabras, sobre la política. Igualmente resquebrajó la atractiva noción de homogeneidad histórica, ideológica y cultural, implícita en conceptos generalizantes como el de “discurso colonial”.

Sin embargo, ante ese feliz inventario de adelantos teóricos (y, valga aclarar, visto con mi perspectiva de educador latinoamericano inmigrante en los Estados Unidos), valdría la pena preguntarse qué tan influyentes han sido esos aportes en la mayoría de los estudiosos de la literatura latinoamericana o bien qué tan exitoso ha resultado ese correctivo epistemológico y metodológico proveído por el concepto de “ciudad letrada”, la idea de la “heterogeneidad sociocultural” de la literatura y la noción de “discurso colonial” y de “semiosis colonial”, si tomamos como referencia de ese éxito una menor reproducibilidad de aquellas limitantes nociones del hispanismo en la lectura y la crítica de textos literarios hecha por el lector común. Y, principalmente, cabría plantearse cómo está leyendo los textos el grupo de intelectuales que se encarga de escribir guías de estudio de la literatura latinoamericana, las cuales resultan imprescindibles y gozan de un inmenso y creciente auditorio.

En los países de habla hispana y Estados Unidos, la mayoría de los estudiantes y los profesores de literatura latinoamericana que recurren masivamente a los trabajos de intención panorámica y orientadora han sido poco afectados —o no lo han sido en absoluto— por los aportes teóricos mencionados. Dicho de otra manera, aunque el interés de los críticos y los teóricos de la literatura latinoamericana durante las últimas dos décadas ha sido propiciar lecturas más críticas, la verdad es que las mismas lecturas complacientes contra las cuales ellos han reaccionado se reproducen hoy tanto o más que ayer. El tipo de lectura prevaleciente hoy, que puede llamarse “colonialista”, tiende a considerar el presente cultural (y a veces el presente político) de las repúblicas latinoamericanas como un maduro resultado de un imperfecto y primitivo estado anterior, identificado con el período colonial. Este período y su literatura, a su vez, se estudian solamente en función de sus contribuciones al futuro (es decir, a nuestro presente). Así, este pasado es visto como una etapa incipiente destinada a desvanecerse en la formación de nuestra era, supuestamente más perfecta. El concepto de la evolución del período colonial hacia un más perfecto *status quo* contemporáneo descansa sobre la idea de que los territorios americanos constituían un espacio vacío felizmente colmado y llevado a su plenitud a partir de 1492 por una dotación cultural superior

—la europea—, lo cual, a su vez, propició una nueva (y a veces mediocre) síntesis cultural euroamericana.

Tal síntesis se identifica en general con toda la población del territorio antes dominado por España, que incluye la poderosa élite de los criollos, las diferentes mezclas raciales (mestizos, mulatos, zambos, etc.) y los indígenas y africanos, aunque se trata de un perfil cultural moldeado exclusivamente a imagen y semejanza de los herederos mismos de la cultura, la riqueza y los privilegios de los conquistadores. La perspectiva y los gustos culturales de los criollos suponen un punto de vista en el cual la subjetividad no europea resulta invisible y descartable o bien sirve apenas para enriquecer, como una suerte de agregado precolombino o africano no esencial, la originalidad del legado cultural iberoamericano. La gran diversidad de la población latinoamericana (en culturas, razas, mestizajes, historias y distribución de riqueza y privilegios) crea a la vez, y con frecuencia entre sus intelectuales, una gran ansiedad de homogeneización e inclusión universal a la hora de hablar de la cultura del territorio en cuestión.

Uno de los más célebres y tempranos intentos de homogeneizar la literatura del territorio latinoamericano en torno de la cultura ibérica fue el de Marcelino Menéndez y Pelayo con su historia antológica de la poesía hispanoamericana en el siglo XIX. Reafirmando el carácter celebratorio que casi siempre tienen las antologías y las historias literarias, Menéndez y Pelayo fue comisionado por la Real Academia Española para enaltecer la hazaña española en América con una “antología” y una “historia literaria” en el cuarto centenario del primer viaje de Colón. Ese compacto proyecto de celebración y canonización literarias deja en claro su carácter segregacionista frente a un territorio pluricultural, pluriétnico y plurilingüístico como el latinoamericano: “El título mismo de nuestra obra”, dice Menéndez y Pelayo, “muestra bien cuáles son sus naturales límites. Trátase sólo de la poesía castellana en América” (9). La poesía en lengua portuguesa queda excluida decorosamente por razones de territorialidad académica¹⁶, pero otras innumerables lenguas habladas en este mismo territorio, con sus respectivas expresiones estéticas, son descartadas sin miramientos por razones distintas. Resultan muy “extrañas a nosotros” y, en razón de esto, poco o nada sabemos de ellas: su influencia es escasa o nula en la poesía española de América. La historia y la antología de Menéndez y Pelayo contienen una poesía de vencedores españoles y no

16 Menéndez y Pelayo explica tal omisión así: “basta para su gloria [la de la lengua portuguesa] con lo que de ella conoció y reveló en Europa Fernando Wolf en 1863. No nos ha parecido bien ni retocar su trabajo, ni menos mezclar lenguas distintas en una misma obra” (9).

de vencidos indígenas¹⁷. Por medio de una tajante y concluyente operación orientalizadora, que hace pensar en la aplicabilidad de estas operaciones segregacionistas tanto en América como en el Viejo Mundo, Menéndez y Pelayo acaba denostando lo que él llama

[...] opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras o degeneradas, que para los mismos americanos de hoy resultan mucho más extrañas, menos familiares y menos interesantes que las de los asirios, los persas o los egipcios [10].

En esta perspectiva abiertamente colonizante y violentamente homogeneizadora, la literatura del territorio antes llamado *Indias Occidentales* equivale sólo a la escrita en castellano y al legado cultural moldeado en torno de la experiencia imperial española en América (es decir, desde el punto de vista del beneficiado de tal experiencia).

Una de las razones por las que considero pertinente recordar el vetusto proyecto hispanizante de Menéndez y Pelayo es la gran vigencia que todavía detenta. Y no me refiero sólo a la ya célebre operación de deslinde de Anderson Imbert, quien en 1954 excluyó las “masas de indios” (como él denominaba las culturas no europeas en América) con el argumento de que, “en una historia de los usos expresivos de la lengua española en América, corresponde escuchar solamente a quienes se expresaron en español” (*Historia*, 8); tampoco me refiero únicamente a la áspera caracterización que en 1976 hizo Luis Sainz de Medrano del legado cultural de las etnias indígena y africana en la literatura hispanoamericana, que la convertían en “una literatura con *impurezas*” (*Historia*, 19). Me refiero principalmente a las más recientes reafirmaciones del canon de la literatura latinoamericana que, si bien resultan más cuidadosas y sutiles, aún están basadas en las nociones centrales de un hispanismo como lo entendía Menéndez y Pelayo: primero, la unidad cultural y lingüística de una literatura capaz de representar el territorio latinoamericano; segundo, la descendencia de esta literatura de tradiciones culturales europeas; tercero, el enriquecimiento de esa tradición en territorio latinoamericano, cuando entra en contacto con trazas culturales disímiles. Por ello, ahora quiero dedicar mi atención a las justificaciones que presenta la muy consultada

17 “La poesía americana de que vamos a tratar no es la de las elegías del rey de Tetzuco, Netzahualcoyotl, ni la de *Ollantay*, drama quichua no anterior al siglo XVIII, sino la que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes” (Menéndez y Pelayo, 10).

y prestigiosa *The Cambridge History of Latin American Literature*, de 1996, editada por Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker.

La aplicación de un concepto globalizante de la cultura de todo el territorio latinoamericano supone un esfuerzo de homogeneización de las características de ese territorio, con base en lecturas variadas de sus vicisitudes históricas, sociales, raciales, etc. José Martí, por ejemplo, veía la unidad y el destino históricos de este territorio que él denominó “Nuestra América” en la participación de todos sus elementos humanos y culturales (criollos, indios, negros, con sus conocimientos autóctonos) en la búsqueda de una mejor sociedad futura. Como ya lo expuse, por razones distintas, Menéndez y Pelayo unificaba este territorio con la idea de que en él florece una extensión —aunque despreciable— de la cultura española. José Enrique Rodó y José Vasconcelos encuentran el territorio cohesionado por los mejores rasgos culturales mediterráneos, en una versión española, y la posibilidad de unificación racial en torno de un ideal más latino que anglosajón. En último término, permitiéndome el salto cronológico por limitaciones de espacio, González Echevarría y Pupo-Walker intentan esta unificación con una noción afín a la de Menéndez y Pelayo, si bien insisten en que los actuales productos literarios latinoamericanos muestran un aventajadísimo desarrollo de la tradición literaria en lengua española dentro de América. En todos los casos mencionados, aparte del esfuerzo por señalar una identidad precisable en términos totales, se percibe una drástica homogeneización que borra la riquísima diversidad cultural y lingüística existente en este territorio.

En las primeras líneas del prefacio general que encabeza *The Cambridge History of Latin American Literature* (objeto central de las siguientes reflexiones, junto a la introducción), se compara esa historia con la de Menéndez y Pelayo, inscribiéndola así en aquella vieja tradición del hispanismo (xi). Según explican los editores, este volumen constituye una especie de testimonio sobre el origen y el desarrollo de la respetabilidad alcanzada por la literatura latinoamericana ante el gusto literario español y la cultura occidental en general (si bien indican que también tiene acogida en Asia). En otras palabras, toda la producción textual de los territorios caribeño, mesoamericano, andino, rioplatense, etc., puede explicarse en términos de su adecuación a las normas estéticas y a los gustos de los lectores de Occidente. Esta literatura de sólo un idioma, derivada de una tradición europea central, es también una literatura propia de los habitantes de las grandes ciudades: “Those [literary] movements, as well as their aftermath, are cosmopolitan in essence” (xii). En suma, se reducen a la literatura escrita en lenguas europeas (por no decir castellano y portugués) que circula principalmente

entre la población urbana con un buen nivel educacional, la cual lee, habla y escribe adecuadamente en esas lenguas. En una definición tajante, que recuerda la de Menéndez y Pelayo cuando habla de la poesía latinoamericana como extensión de la española, González Echevarría y Pupo-Walker declaran: "The burden of Latin American culture is a Western culture that extends back to the Middle Ages, when the foundations of the Spanish Empire in the New World were set" (xvi)¹⁸.

Cabría preguntar qué tiene de problemática la agrupación de textos escritos en la misma lengua y producidos en un amplio territorio unificado por la colonización española durante tres siglos. Al fin y al cabo, debido precisamente a ese común denominador, estos textos comparten muchas tradiciones culturales e históricas que facilitan el tipo de unificación pan-latinoamericana por la cual propenden aquí los editores. Pero en ello surgen dos problemas, a mi modo de ver: primero, esa unidad deseada y fácilmente vislumbrable en razón de la común tradición de violenta occidentalización cultural, por la cual pasó el territorio hoy llamado Latinoamérica, resulta una aspiración tan quimérica como las unificaciones del territorio latinoamericano pensadas por Rodó y Vasconcelos; segundo, visto el asunto de esa manera, se cae en el presupuesto esencialista de la centralidad de la tradición cultural occidental (por vía de España) como única capaz de proveer referencias de orientación para el estudio de los diversos discursos de esta amplia región.

Ante la cuestión de dónde queda la unidad de la literatura latinoamericana frente a las muy diversas características regionales, González Echevarría y Pupo-Walker toman como punto de partida la existencia de una tradición homogeneizante creada por los autores más celebrados del territorio¹⁹. Los escritores de éxito (Borges, Paz, García Márquez, etc.) sobrepasan, con una literatura en lengua española y de tradición europea, las fronteras nacionales y las injerencias temáticas regionales: "National traditions stress the differences and remain local. But the stronger authors and works cross frontiers or dwell on the homology. They constitute a kind of overreaching literature

18 Es necesario aclarar que no todas las contribuciones de *The Cambridge History of Latin American Literature* comparten la orientación ideológica de los editores (buenos ejemplos de ello son los trabajos de Rolena Adorno, Stephanie Merrim, Karen Stolley y Thomas Skidmore, entre otros), aunque tal orientación ejerce una influencia mayor que estas excepciones.

19 González Echevarría define qué es tradición (distinguiéndola de la historia literaria) así: "el conjunto de obras que un escritor o un grupo de escritores concibe como antecedente, como origen, como conexión con un pasado literario del cual provienen. La tradición es un pasado vigente, dinámico, activo. Su existencia puede ser explícita o no, pero siempre es implícita" ("Álbumes...", 490).

to which all aspire" (xiii). Afirmados en el concepto de tradición, los editores de *The Cambridge History of Latin American Literature* hallan un fuerte lazo entre el pasado cultural latinoamericano y el presente de la celebrada tradición literaria: "If the Iberian Middle Ages, Renaissance, and Baroque are such a powerful presence in Latin American literature, then this literature shares a living past with its metropolitan counterparts" (xiv). Según González Echevarría y Pupo-Walker, esta tradición corresponde a un pasado dinámico que influye sobre las vicisitudes (en este caso literarias) del individuo o del grupo que delinea la tradición. La vivacidad del pasado se expresa en las alteraciones que sus elementos selectos ocasionan sobre las decisiones literarias de los individuos de hoy, aquellos aglutinados bajo la égida de esa tradición. Las miradas al pasado —los textos, los estilos, los temas y las concepciones literarias de ayer— permiten recoger pautas para la producción literaria actual y la del mañana.

Sin embargo, esta noción del pasado que ahora gobierna las vicisitudes literarias debería conducir a la conclusión de que las actitudes generales del pasado pueden reproducirse hoy. Si los escritores contemporáneos pueden seleccionar maneras de hacer cosas del pasado y reproducirlas en nuestra época, entonces cualquier otra actitud sería susceptible de esa reproducción en épocas subsiguientes. Me refiero a actitudes o formas de pensar y de hacer relacionadas, por ejemplo, con la conceptualización de jerarquías culturales y sociales, la distribución de poder y privilegios o la organización de superficies geográficas, arquitectónicas, humanas, etc. La idea del pasado viviente que se escoge hoy como guía, orientación y pauta para hacer cosas compromete entonces no sólo las actividades estéticas, en este caso las literarias, sino también cualquier otra forma de hacer y de pensar sobre las cosas privilegiadas por la mirada del individuo o del grupo que explora las tradiciones. Tal como permanecen vigentes muchos aspectos del barroco literario colonial, asimismo sobreviven muchas trazas de la injusta organización social colonial.

En otros términos, si García Márquez o Juan José Saer ven en las llamadas crónicas de Indias unos temas y un sistema retórico que por su actualidad resultan susceptibles de reproducirse hoy, entonces también es posible considerar que esos dos autores contemporáneos reproducen aspectos de la epistemología y la axiología con que tanto Cristóbal Colón como Gonzalo Fernández de Oviedo (por nombrar a sólo dos de los cronistas a que ellos recurren) se explicaban la súbita presencia del Nuevo Mundo en la historia de Europa. Al fin y al cabo, de seguro muy a su pesar, García Márquez y Saer han fortalecido y propagado con sus novelas y declaraciones una imagen desmejorada de Latinoamérica como tierra de exotismo e irracionalidad que bien permite a

los lectores concluir que la normalidad y la razón están en otro lado, por ejemplo, en Europa²⁰. Esta implicación social y cultural de la idea del pasado viviente no afecta, por supuesto, a los editores de *The Cambridge History*.

Una vez definida la tradición literaria que es objeto de estudio de este volumen, los editores afirman que el estudio de la literatura colonial debe estar dedicado principalmente a la dilucidación de las fuentes coloniales de las grandes obras contemporáneas (xv). Ello les permite establecer luego que la crítica literaria ha de tener como propósito contribuir a la constitución de una literatura continental con un origen y un discurso comunes:

The recuperation of the colonial period, when Spanish America was one, is part of this struggle to constitute a continental literature with a common origin and discourse. This is one of the strongest forces behind the recent increase in scholarship on the colonial period [xiii].

Esta visión que González Echeverría y Pupo-Walker tienen de la crítica colonial no incluye los aportes de la semiosis colonial o la tradición crítica postestructuralista y postcolonial, porque éstos cuestionan no sólo el colonialismo (con sus vigentes operaciones epistemológicas en textos leídos y producidos ayer y hoy), sino la misma noción de pan-hispanismo (central en esos editores) que sirve para explicar las variadas vicisitudes culturales del territorio latinoamericano.

No ha sido mi propósito negar aquí el estudio de la literatura europea ni su injerencia en la literatura producida en el territorio latinoamericano. Tampoco deseo controvertir la utilidad misma de *The Cambridge History of Latin American Literature*,

20 El discurso de García Márquez durante la recepción del premio Nobel de literatura, el día 8 de noviembre de 1982, constituye un buen ejemplo del efecto exoticista que tiene su uso de fuentes documentales del siglo XVI. Después de una entusiasta y larga enumeración de algunos extraños aspectos de las crónicas (zoología fantástica, naturaleza descomunal y exuberante, tierras de maravilla, conquistadores e indígenas delirantes, etc.), el autor califica esos textos como evidencia clara de la realidad americana en la época. Un desarrollo más diligente y exhaustivo del proyecto exotista de García Márquez lo hallamos diez años después en un libro de Mario Germán Romero, *América de lo real maravilloso*. Por su parte, en su celebrada novela *El entenado*, Saer presenta una exotización similar cuando se exhibe en el supuesto carácter lascivo, lujurioso y antropofágico de los nativos americanos; véase a este respecto el artículo de Gustavo Verdesio, "The Literary Appropriation of the American Landscape").

pues mis reservas no se dirigen contra los estudios varios que la conforman, sino que comprometen las amplias justificaciones preliminares de los editores (especie de “arte poética” o programa cultural que aspira tanto a organizar el volumen en cuestión como a servir de pauta para estudios similares en el futuro). No he intentado negar el desarrollo de tradiciones culturales y literarias europeas en este territorio, ni mucho menos el estudio de una literatura definida por lenguas europeas y esas culturas. Lo que deseo señalar es que tales estudios aspiran quiméricamente a definir la literatura de todo el espacio geográfico y cultural latinoamericano y que en tal rígido proceso se reproducen simplificaciones del complejo escenario sociocultural del territorio tal como se ha venido haciendo desde que la Corona española gobernaba en la región. Intento igualmente decir que proyectos de estudio como el de Menéndez y Pelayo o el de González Echeverría y Pupo-Walker consideran central la tradición literaria europea en el territorio latinoamericano y su aproximación desconoce —o reduce a meros factores complementarios— otras tradiciones culturales, aunque el volumen de los dos últimos incluye artículos sobre mujeres escritoras y escritores chicanos y afroamericanos.

En mi propio análisis deseo tener en cuenta que en el desarrollo de la producción literaria en lengua castellana se ha presentado un férreo y largo proceso de marginación, obliteración o destrucción de tradiciones no europeas de producción textual, ya desde el siglo XVI hasta hoy. La alternativa tiene que plantear una noción del estudio de la literatura que considere las culturas y los lenguajes (o sus trazas) presentes en el territorio en cuestión, lo cual, en el caso latinoamericano, supone buscar en los textos estudiados —literarios o no— las injerencias temática, semántica, epistemológica, axiológica y retórica de culturas mesoamericanas, andinas, rioplatenses, caribeñas, etc., nativas unas (las indígenas), inmigrantes otras (la africana y la ibérica).

Esta opción tampoco puede ser excluyente: no debe dejar de lado textos en castellano producidos en el territorio latinoamericano para dedicarse sólo al estudio de textos en náhuatl, navajo, quechua, aymará, guaraní, etc. Ello supondría descartar todas las facultades de literatura latinoamericana en Latinoamérica o los departamentos de español y portugués en Estados Unidos, Europa u otros lugares, lo cual es absurdo. Antes bien, la propuesta ha de ser incluyente: en primer término debe reconocer las limitaciones de proyectos homogeneizantes y discriminadores, como los del hispanismo, para ir más allá del estudio de los autores nutridos principalmente en la tradición cultural europea y pasar a ocuparse de dos puntos primordiales.

Primero, la injerencia epistemológica y estructural de los universos culturales no europeos en los textos latinoamericanos. Después de todo, estos universos (nahuas,

mayas, guaraníes, entre otros) no están reducidos al folclor, como lo pretende la cultura hegemónica, sino que constituyen vivientes entidades sociales en sus respectivos ámbitos geoculturales (Mesoamérica, los Andes, el Río de la Plata, el Amazonas, la Guajira, etcétera).

Segundo, los textos de ayer y de hoy compuestos en Latinoamérica en lenguas no europeas y transmitidos bien sea oralmente o por escrito (tanto en los idiomas nativos como en alfabetos europeos) o bien con elementos o tecnologías alternas (quipus, estructuras fijas construidas en épocas prehispánicas, etcétera).

También sería necesario crear centros de estudios de lenguas y composiciones verbales en idiomas nativos, lo cual no es un delirio: ya hay varios centros universitarios para el estudio del quechua, del náhuatl y del maya en Estados Unidos, Perú, Guatemala y México. En Colombia, la iniciativa de “etnoeducación” (orientada ahora sólo a comunidades indígenas y marginadas) revela la factibilidad de estos programas ante la existencia de muchas comunidades indígenas vivas. Una nueva generación de estudiosos, no comprometidos con el vetusto proyecto del hispanismo, ya ha comenzado a hacer esfuerzos al respecto, pero su impacto no ha superado las esferas de los círculos intelectuales especializados²¹. Hay que insistir en la necesidad de crear un sistema de lecturas más críticas y de mayor difusión entre aquel abundante sector de lectores con el que nosotros, en nuestra calidad de educadores, tenemos contacto a diario.

“La colonia continuó viviendo en la república”, dijo José Martí, hace más de un siglo, en su ensayo “Nuestra América”. Curiosa o lamentablemente, los rezagos coloniales que él señalaba como obstáculos para el mejoramiento de la suerte de la población americana de su momento aún tienen vigencia en Latinoamérica hoy: la soberbia de las metrópolis, el desdén de las tradiciones autóctonas, el exceso de atención a las tradiciones culturales europeas y la marginación o bien la destrucción de las culturas

21 Además de los estudios ya mencionados, véanse los trabajos de las norteamericanas Rappaport y Harrison. Entre los aportes antihegemónicos recientes, hay que destacar la publicación en Colombia del volumen *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*, cuyas editoras fueron M. M. Jaramillo, B. Osorio de Negret y Á. I. Robledo, y de *Las desobedientes*, con las mismas Jaramillo y Osorio como editoras. H. Herrmann ha analizado la injerencia de las lenguas nativas en la obra épica de Juan de Castellanos; H. Alaix de Valencia ha escrito acerca de la tradición oral afroamericana del Pacífico; M. S. Vidal Ruales ha explorado las cosmovisiones africanas en García Márquez; Moreno Blanco ha inquirido por el ascendiente del idioma wayúu en la obra del mismo autor y C. Millán de Benavides ha buscado las referencias africanas en la obra de Jorge Isaacs. Esta lista es incompleta y se reduce al ámbito literario (no incluye, por ejemplo, los importantes aportes antropológicos recientes).

aborígenes. Si consideramos los universos culturales vivientes de Latinoamérica, como el propiciado por los textos del período colonial, resulta evidente que el proyecto colonialista de unificación, bajo una lengua europea, de este territorio tan diverso cultural y lingüísticamente, constituye una expresión de ese pasado colonial viviente que debemos dismantelar, no ya en la república de Martí, sino en todo el mundo globalizado del nuevo milenio. Para comenzar, hay que asumir —fuera de exclusivos marcos epistemológicos europeos, como los propuestos por el hispanismo— la abigarrada heterogeneidad de nuestras culturas y la realidad de sus injusticias y miserias. Quedarse en la irrealidad del hispanismo, de espaldas a esta realidad, a menudo deprimente y abrumadora en exceso, sería caer en la ilusión —o la irresponsabilidad— de extraer de sus complejos discursos sólo un aspecto artístico. Antonio Cornejo Polar lo manifestó así: “Por eso nada [es] tan burdamente péfido como estetizar —o literaturizar— una realidad minuciosa y radicalmente inhumana” (*Escribir en el aire*, 23).

Bibliografía

- ADORNO, Rolena. “Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 14, 28 (1988), pp. 11-27.
- . “Reconsidering colonial Discourse for Sixteenth- and Seventeenth-Century Spanish America”. En: *Latin American Research Review*, 28, 3 (1993), pp. 135-145.
- ALAIX DE VALENCIA, Hortensia. “Sentido sociocultural de la tradición oral del pacífico colombiano”. En: Myriam LUQUE, Montserrat ORDÓÑEZ y Betty OSORIO (eds), *Colombia en el contexto latinoamericano* (Bogotá: Instituto Caro y Cervo, 1997), pp. 317-329.
- ANDERSON IMBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Volumen I. México, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1956 [1959].
- ARCINIEGAS, Germán. *América en Europa*. Buenos Aires: Sudamericana, 1975.
- . “Bodegón de granadillas y naranjas”. En: John SKIRIUS (ed.), *El ensayo hispanoamericano del siglo XX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989), pp. 239-250.
- ARROM, José Juan. *Certidumbre de América. Estudios de letras, folklore y cultura*. Madrid: Editorial Gredos, 1971.

- BALBUENA, Bernardo de. *Grandeza mexicana y fragmentos del Siglo de Oro*. México: Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1941.
- BOLAÑOS, Álvaro Félix. *Barbarie y canibalismo en la retórica colonial. Los indios pijaos de fray Pedro Simón*. Santafé de Bogotá: Cerec, 1994.
- CASTELLANOS, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: Ed. Gerardo Rivas Moreno, Selene Impresores, 1997.
- CESAREO, Mario. *Cruzados, mártires y beatos: emplazamientos del cuerpo colonial*. West Lafayette, Indiana: The Purdue University Press, 1995.
- COBO BORDA, Juan Gustavo. *Arciniegas de cuerpo entero*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, 1987.
- CORNEJO POLAR, Antonio. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP, 1989.
- . *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Editorial Horizonte, 1994.
- CURCIO ALTAMAR, Antonio. *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- GÓMEZ RESTREPO, Antonio. *Historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la Revista Bolívar, 1953-1954.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. *The Voice of the Masters. Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. Austin: The University of Texas Press, 1985.
- . “Álbumes, ramilletes, parnasos, liras y guirnaldas: fundadores de la historia literaria latinoamericana”. En: Julio ORTEGA y José AMOR Y VÁZQUEZ (eds.), *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo* (México y Providence, R. I.: El Colegio de México, The Brown University, 1994), pp. 489-503.
- . “A Brief History of the History of Spanish American Literature”. En: Roberto GONZÁLEZ ECHEVARRÍA y Enrique PUPO-WALKER (eds.), *The Cambridge History of Latin American Literature*, volumen I, “Discovery to Modernism” (Cambridge: The Cambridge University Press, 1996), pp. 7-32.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto; PUPO-WALKER, Enrique. “General Preface”. En: Roberto GONZÁLEZ ECHEVARRÍA y Enrique PUPO-WALKER (eds.), *The Cambridge History of Latin American Literature*, volumen I, “Discovery to Modernism” (Cambridge: The Cambridge University Press, 1996), pp. xi-xvii.
- HARRISON, Regina. *Signos, cantos y memoria en los Andes: traduciendo la lengua y la cultura quechua*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1994.

- HERRMANN, Henriette. "Reflejos de la oralidad en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos". En: Myriam LUQUE, Montserrat ORDÓÑEZ y Betty OSORIO (eds.), *Colombia en el contexto latinoamericano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997).
- HIGGINS, Anthony. *Constructing the Criollo Archive. Subjects of Knowledge in the Biblioteca Mexicana and the Rusticatio Mexicana*. West Lafayette, Indiana: The Purdue University Press, 2000.
- HULME, Peter. *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. London y New York: Methuen, 1986.
- JARAMILLO, María Mercedes; OSORIO DE NEGRET, Betty; ROBLEDO, Ángela Inés. *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín y Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia, Ediciones Uniandes, 1995.
- LIENHARD, Martin. *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-cultural en América Latina, 1492-1988*. Lima: Editorial Horizonte, 1992.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. *Historia general de las Indias*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991.
- MARTÍ, José. *Nuestra América*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1980.
- MAZZOTTI, José Antonio. *Coros mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- MELÉNDEZ, Mariselle. *Raza, género e hibridez en El lazarillo de ciegos caminantes*. Chapel Hill: North Carolina Series on the Romance Languages and Literatures, 1999.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*. Santander: Aldus, 1948.
- MIGNOLO, Walter. "Colonial Situations, Geographical Discourses and Territorial Representations: Toward a Diatopical Understanding of Colonial Semiosis". En: *Dispositio*, 14, 36-38 (1989), pp. 141-168.
- . "Colonial and Postcolonial Discourse: Cultural Critique or Academic Colonialism?". En: *Latin American Research Review*, 28, 3 (1993), pp. 120-134.
- . *The Darker Side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1995.
- MILLÁN DE BENAVIDES, Carmen. "Leyendo al pie de la página: africanos y afrocolombianos en *María*". En: Myriam LUQUE, Montserrat ORDÓÑEZ y Betty OSORIO (eds.), *Colombia en el contexto latinoamericano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997), pp. 259-274.

- MORAÑA, Mabel. *Mujer y cultura en la colonia hispanoamericana*. Pittsburgh: Instituto de Literatura Iberoamericana, The University of Pittsburgh, 1996.
- MORENO BLANCO, Juan. "La cepa de las palabras: intercambio lingüístico wayúu y continente biográfico garciamarquiano" (manuscrito).
- PRATT, Mary Louise. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London y New York: Routledge, 1992.
- PUPO-WALKER, Enrique. *La vocación literaria del pensamiento histórico en América*. Madrid: Editorial Gredos, 1982.
- RABASA, José. *Inventing America. Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*. Norman y London: The University of Oklahoma Press, 1993.
- . *Writing Violence in the Northern Frontier. The Historiography of Sixteenth-Century New Mexico and Florida and the Legacy of Conquest*. Durham y London: The Duke University Press, 2000.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover, N. H.: Ediciones del Norte, 1984.
- RAPPAPORT, Joanne. *The Politics of Memory. Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*. Cambridge: The Cambridge University Press, 1990.
- RESTREPO, Luis Fernando. *El Nuevo Reino imaginado. Las Elegías de varones ilustres de Indias, de Juan de Castellanos*. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999.
- RODÓ, José Enrique. *Ariel*. Madrid: Espasa-Calpe, 1948.
- RODRÍGUEZ BAQUERO, Luis Enrique. *Encomienda y vida diaria entre los indios de Muzo (1550-1620)*. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Giro Editores Ltda., 1995.
- RODRÍGUEZ FREILE, Juan. *El carnero*. Edición de Darío Achury Valenzuela. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- ROMERO, Mario Germán. *América de lo real maravilloso*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1992.
- SAINZ DE MEDRANO, Luis. *Historia de la literatura hispanoamericana (hasta el siglo XIX)*, volumen I. Madrid: Guadiana de Publicaciones, 1976.
- SEED, Patricia. "Colonial and Postcolonial Discourse". En: *Latin American Research Review*, 26, 3 (1991), pp. 181-200.
- SIMÓN, fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Bogotá: Banco Popular, 1981; seis volúmenes.
- SKIRIUS, John (comp.). *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

- SOMMER, Doris. *Foundational Fictions. The National Romances of Latin America*. Berkeley: The University of California Press, 1991.
- SPITTA, Silvia. *Between Two Waters: Narratives of Transculturation in Latin America*. Houston, Texas: The Rice University Press, 1995.
- TAMAYO FERNÁNDEZ, Martalucía. *Germán Arciniegas: el hombre que nació con el siglo (una autobiografía escrita por otro)*. Bogotá: Universidad Central, 1998.
- VASCONCELOS, José. *La raza cósmica*. México: Espasa-Calpe Mexicana, 1948.
- VERDESIO, Gustavo. *La invención del Uruguay. La entrada del territorio y sus habitantes a la cultura occidental*. Montevideo: Ed. Graffiti & Ed. Trazas, 1996.
- . “Revisando un modelo: Ángel Rama y los estudios coloniales”. En: Mabel Moraña (eda.), *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos* (Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997), pp. 235-248.
- . “The Literary Appropriation of the American Landscape. The Historical Novels of Abel Posse and Juan José Saer”. En: *Colonialism Past and Present: the Politics of Reading and Writing about Colonial Latin American Texts Today*. New York: Suny Press, 2001.
- VERGARA Y VERGARA, José María. *Historia de la literatura en Nueva Granada desde la conquista hasta la independencia, 1538-1820*. Bogotá: Ed. ABC, 1958.
- VIDAL, Hernán. *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*. Minneapolis, Minnesota: Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1985.
- VIDAL RUALES, María Stella. “Presencia de la cosmovisión yoruba en la novela *Del amor y otros demonios*”. En: Myriam LUQUE, Montserrat ORDÓÑEZ y Betty OSORIO (eds.), *Colombia en el contexto latinoamericano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1997), pp. 305-316.